

Año 9 = Núm. 431 = 18 Abril 1936. 22790

Estampa

Director Propietario:
Luis Montiel
Redactor-jefe:
V. Sánchez-Ocaña



Revista Gráfica = Paseo de San Vicente, 26 = MADRID



30
cts.

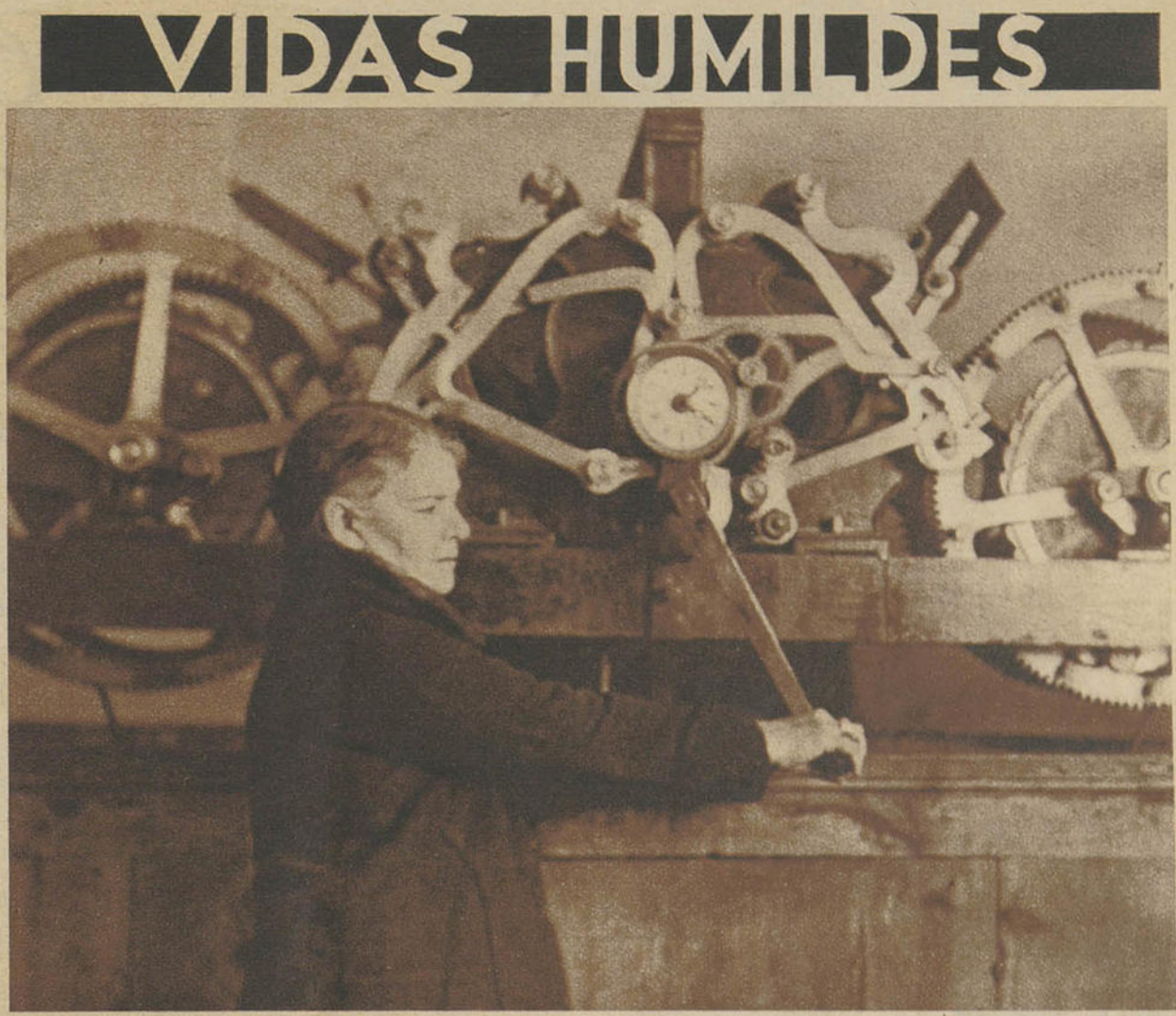
AZAÑA, CALVO SOTELO, LARGO CABALLERO, GIL ROBLES, "PASIONARIA", MAURA, EXPRESAN SUS IMPRESIONES EN LA HISTÓRICA SESIÓN DEL 7 DE ABRIL A LA REPORTERA DE "ESTAMPA", ANA MARÍA CUSTODIO

(Foto Llompert.)

Esta señora ha pasado cincuenta años en una Catedral...

HACE SESENTA AÑOS

HACE sesenta años, un matrimonio subía la empinada escalera de caracol que lleva a las alturas del campanario de la Catedral de la vieja y monumental ciudad de Avila. No eran una pareja más de visitantes exóticos; tampoco dos recién casados en viaje de novios. La mujer llevaba entre sus brazos una niña de pocos meses, envuelta en pañales. Llegado arriba el matrimonio, penetró en las habitaciones desti-



Elena Pavat, campanera de la Catedral de Avila durante medio siglo, al hallarse de nuevo frente al viejo reloj advierte, o cree advertir, que le hace falta darle cuerda.



Un día tras otro, Elena Pavat hacía resonar el bronce de esta campana, la llamada «María Sonsoles».

nadas al campanero y sus familiares.

Eran los nuevos campaneros de la Catedral, que se posesionaban de su cargo.

Las habitaciones estaban amuebladas. Los muebles habían sido elevados hasta aquellas alturas por el exterior del edificio, valiéndose de cordeles y garrucha. La mujer depositó a la criatura encima de una cama.

—Vas a vivir en un campanario, como las cigüeñas, hija mía—comentó.

Efectivamente, la pequeña creció al lado de las cigüeñas, que se acostumbraron a su presencia sobre los tejados de la Catedral y no levantaban las alas al verla. Luego se fué haciendo mujer. Sus piernas se hicieron firmes, subiendo y bajando la escalera, de ciento sesenta y ocho peldaños, sin concederse el más pequeño descanso. Tuvo amores y “peló la pava” a la sombra de la magnífica Catedral. En el campanario fué esposa, madre... Más tarde vió cómo se llevaban a sus padres para siempre por aquella escalera de caracol adonde sus piernas se habían hecho firmes. Toda una vida...

Hoy, fuera ya del cam-

panario, redimida por la ayuda de los hijos del encierro en la maravillosa fortaleza, la vieja campanera de la Catedral de Avila añora su torre. —Yo no lo puedo remediar. Echo mucho de menos “mi” torre. ¡Qué quiere usted, señorita; soy una cigüeña y no puedo vivir sin “mi” campanario! Pero por complacer a los hijos...

UN CORRAL EN UN CAMPANARIO

Hemos ido a encontrarnos con Elena Pavat, la campanera, durante cuarenta y nueve años de su vida, en su domicilio actual, a dos pasos de la estación del ferrocarril. Por contraste con su casa anterior, Elena Pavat habita hoy en un piso bajo. —¿Se cansó usted de subir escaleras?—le preguntamos.

—¡Ay! No me hable usted de la Catedral, señorita, que no puedo vivir sin ella. No sé ni cómo me he acostumbrado a esto. Y tanto que no sé... Como que enfermé... ¡Huy!... Eran muchos años. Toda la vida allá arriba...

En su compañía vamos a la Catedral. Elena Pavat tiene una gran alegría cuando le pedimos que nos acompañe a visitar la torre. Al ascender al campanario, el campanero actual nos va indicando el camino, iluminando los peldaños con el reflejo tembloroso de una vela y advirtiéndonos:

—Cuidado... Ahora, a la derecha...

Por aquí los peldaños están muy desgastados.

Elena Pavat va delante, muy contenta.

—Yo no necesito luz. Ahora ya me fatigo algo... Pero cuando yo tenía veinte años... Subía a saltos. Ciento trece escalones... Ya hemos llegado a las campanas grandes... Hasta aquí hay ciento trece escalones. Hasta el cimbalillo, que está en el tejado de la torre, hay ciento sesenta y ocho. Elena Pavat lo remira todo con curiosidad y amor. La torre aviva sus recuerdos, que el tiempo va logrando adormecer lentamente.

—Aquí tenía yo la cómoda... Aquí la cama de mis hijos, aquí la mía y de mi marido. Aquí comíamos. ¡Pero qué estropeado está todo! Aquí teníamos un corral...

—¿Un corral en un campanario?

—¡Anda! Teníamos gallinas, palomas y hasta un cerdo... Un señor extranjero que vino a visitar la Catedral..., y que se llamaba don Enrique La-

rreta y escribía en los periódicos, lo retrató... ¡Le chocó más mi corral! En este terradillo mi padre tenía sembrado perejil...

AGUA Y COMESTIBLES, POR LAS NUBES

—Por las mañanas, yo hacía mi compra, lo metía todo en una cesta y lo subía por medio de un cordón y una garrucha por el interior del templo. El agua también la subíamos así. Llevaba comestibles para varios días y lo subíamos todo temprano cuando había poco público en la Catedral. Cuando se hacía obra en la torre, también los materiales se subían por el mismo sistema y la comida de los albañiles. Una vez uno se quedó sin comida; su mujer colgó al gancho que había al extremo de la cuerda el puchero de la comida, que era de barro, y debía de estar algo quebrado, porque se cayó de lo alto y se hizo añicos. —¿Y el albañil se quedó sin comer?
—Comió con nosotros.

“SANTA TERESA”, “MARÍA SONSOLES”,
“SANTO TOMÁS”, EL CIMBALILLO

Elena Pavat nos habla de las campanas con gran emoción.

—Esta es la grande; la de segunda clase, la de dobles mayores, la pequeña, la doble menor, la requeda... Arriba está el cimbalillo, junto a las del reloj. Pero las campanas también tienen sus nombres: *Santa Teresa, María Sonsoles, Santo Tomás...*

—¿Qué vida hacía usted en el campanario?

—Como en la casa. Mis labores y atender con mi marido a las campanas. El Ave María, que era a la madrugada, lo tocaba yo. Acostumbrada de toda la vida a ayudar a mi padre, no estaba tranquila si no era yo quien daba los toques. Esos y los de desaparecidos cuando había niebla o nevada. Las nevadas por estas tierras son muy duras. Me acuerdo una vez, cuando vivía mi padre, se perdió una niña en la nieve y se la comieron los lobos. No se encontraron más que los zapatos y los vestidos destrozados. Por eso, habiendo niebla o nieve, había que tocar cada cuatro minutos la campana de los desaparecidos para orientar a los caminantes. ¡Cuántas noches nos habremos pasado en vela mi padre y yo!... Ahora ya no nieva tanto por aquí. El cimbalillo se tocaba a las nueve menos cuarto de la mañana y a las tres menos cuarto de la tarde. Las mujeres de los obreros se guiaban por estos toques para llevar la comida a sus maridos.

POR LOS TEJADOS DE LA CATEDRAL

—Yo ponía mi ropa al sol en los tejados de la Catedral—continúa Elena Pavat—. Me sentaba en ellos con mis chicos. Muchas noches, cuando hacía un viento muy fuerte, me levantaba de la



«Pero el reloj siguió marchando y los toques de las campanas se oyeron sin mí... Lloraba cada vez que las oía sonar...»

cama y salía al tejado, no se fuera a volar la ropa.

—Se acostarían temprano.

—Fijese; el sacristán mayor cerraba la puerta de la Catedral a la caída del sol en todo tiempo; así que, en el invierno, a los cinco y media de la tarde, ya estábamos encerrados.

—¿Y si se ponía alguno enfermo?

—Eso pasó una vez, que se puso mi padre muy malito a media noche; creíamos que se moría. Yo salí al tejado y empecé a dar gritos, llamando al dueño del hotel, que está enfrente y que se acostaba muy tarde: “¡Don Pepe, don Pepe—le dije—, por el amor de Dios, vaya usted a llamar al sacristán mayor y que abra la puerta, que mi padre está muy malito!...” Así pudimos avisar al médico. Si el viento se lleva la voz para otro lado y don Pepe no me hubiera oído, no sé lo que hubiera pasado.

“CUANDO DEJÉ MI CAMPANARIO”

Elena Pavat va a cumplir los sesenta años, pero

representa cincuenta y tantos nada más. Es una señora menudita, ágil, vivaz y alegre. Ahora está radiante. Se siente a estas alturas un poco como “señora de su casa” que hace los honores a unos invitados.

Estamos sobre el tejado de la Catedral, al pie de las campanas del reloj y del cimbalillo. A nuestros pies, Avila se extiende, silenciosa, bajo la lluvia menuda y pertinaz. Verde claro y morado es el paisaje, en el que rebrillan aguas del río y de la lluvia.

—¿Cuánto hace que dejó usted el campanario?

—Pues verá... Unos diez años. Los hijos se hicieron hombres... y era mucho este encierro para ellos. A la caída del sol, en la casa... Los hombres son como los pájaros: quieren volar. Las mujeres somos distintas... Además, que ya ayudaban y querían quitarme este trabajo de la torre, que era bastante... Pero por mí, nunca hubiera dejado yo “mi” campanario. Cuando lo dejé para meterme en la otra casa, tan estrecha... Creía que no podría acostumbrarme. No podía oír las campanas, caí enferma. Tenía la preocupación de que no sonarían las campanas a su tiempo ni marcharía bien el reloj si yo no me cuidaba de todo. Pero el reloj siguió marchando y los toques se oyeron sin mí... Lloraba cada vez que las oía sonar...

Elena Pavat da cuerda al reloj del campanario. —A este reloj le hacía falta cuerda...

“ANTONIO Y ANA, 1920”

“PEDRO Y MARÍA SOL, 907”

Como estas inscripciones las hay a docenas sobre las piedras del tejado de la Catedral abulense. —Todos los que visitan la torre les da por grabar sus nombres en las piedras.

—¿Novios en viaje de boda?

—Muchos, sí. También personajes extranjeros. Me acuerdo de una periodista americana, que se llamaba María Luisa Ros. Era muy simpática... Un señor que subía al campanario siempre que venía a Avila era el señor Sánchez Alborno. Doña Isabel II vino una vez... Hace ya de años... Ha nevado en Avila desde entonces. Pusieron esa placa para recuerdo. ¡Ay, ahora no sé quién viene a mi torre! ¡Y cuánto hace que no veo cigüeñas! Elena Pavat me dice al salir al exterior, en voz baja:

—¿Sabe lo que quisiera, por lo menos? Venir a morir arriba, adonde murieron mis padres... y nacieron mis dos hijos... NATALIA VALLE



«¿Sabe lo que quisiera? Venir a morir arriba, adonde murieron mis padres y nacieron mis hijos.»

(Fotos Mayoral.)